

BELLAS ARTES.

Galería

DE

Ingenios Contemporáneos

D. SANTIAGO DE MASARNAU.

Aun no hace dos años que la dichosa regeneración de la España restituyó este benemérito artista á los brazos de sus amigos, haciéndole abandonar el suelo de su adorada Inglaterra. La sociedad madrileña, al paso que admira su raro talento y tan deseosa se muestra de sus producciones, es quizá la que menos conoce el mérito positivo de este ingenio tan apreciado en el círculo filarmónico de los países mas adelantados. — Y no es extraño: hemos llegado á admitir, venerar, y aun á dar culto, no sé por cual fatalidad, á dos errores, cuya desaparición ha de costar todavía muchos méritos á los artistas y muchos epigramas á los escritores — á saber: 1.º para ser artista es menester ser *profesor*, es decir, *alimentarse con el arte*: 2.º para sobresalir en un ramo del saber es menester *no saber otra cosa*. Pues á pesar de estas preocupaciones Masarnau es buen músico, sin ser ni *profesor* ni *mero músico*. Y es *artista*: por eso al publicar su biografía no hacemos mas que dar á cada uno lo que es suyo.

Pero no nos impondremos la obligación gratuita é inoportuna de fallar magistralmente sobre el lugar que el parnaso español debiera destinar á su mérito: no es posible penetrar con la mente el caos de lo futuro, y solo cuando el hombre muere al mundo es cuando se empieza á columbrar el brillo de la corona ceñida á su frente sin vida y sin pasiones. Otra causa muy poderosa, si bien menos filosófica, nos impediría

TOMO III.

el hacerlo: — la amistad. Largos años de un trato continuo y alimentado por los recuerdos de la primera edad del que escribe, podrian engendrar en él una preocupacion sobrado favorable; y el temor de este escollo pudiera arrastrarle al extremo contrario.

Nació D. Santiago de Masarnau en Madrid, el 9 de diciembre de 1805, — á los pocos años emigró con su familia á Andalucía. Las grandes disposiciones músicas de que en su niñez dió pruebas inequívocas (1); no podían permanecer largo tiempo adormecidas en el penoso desarrollo de la vida infantil; — á la edad de 9 años, vuelto á la corte, este precoz talento habia ya tocado el término de la impubertad mental: su cráneo de 9 años era de hombre, habia sentido el germen de una pasión; — finalmente habia creado. Esta creación fué una misa á cuatro: los mejores cantores de la capilla Real ejecutaron esta composición, en la parroquia de S. Justo y Pastor el día de S. Pedro Alcántara: su autor tocó durante toda ella el órgano obligado. Así puede decirse que Masarnau empezó á ser compositor á la edad en que por lo comun el hombre es incapaz de sentir las emociones de la inspiración, que es el alimento de las bellas artes. Su padre habia sido su primer maestro: nadie mejor podia comprender la estructura interior de aquel cerebro tan bien dispuesto, hablar en silencio con aquella alma inocente por medio de una simpatía perfecta. En Granada recibió lecciones del organista de la catedral D. José Roure y de Llamas, maestro de solfeo de la misma, por el sistema antiguo ó de mutanzas: en Madrid fué discípulo de D. José Boxeras, Nonó, y posteriormente de D. Angel Inzenga de piano y composición. Ocho horas de estudio diarias en su arte predilecto, ademas del tiempo que dedicaba á la gramática latina, hubieran trastornado la existencia de un ser comun; pero la vida de un hombre nacido para

(1) Habiéndosele sorprendido una vez escribiendo un canto que á la sazón entonaba con su instrumento un vecino suyo violinista; se balló, por el cotejo que despues se hizo, ser exactamente igual al original el traslado lleno de borrones del niño.

las artes tiene mucho de singular, su infancia arrastra entre los trabajos del físico las semillas del ingenio, los ojos de aquel niño penetran la superficie de los objetos, su frente tersa se pliega en una oscuridad ignorada, y vaga por ella la sombra de padecimientos prematuros; — rara vez el talento crece desconocido á los trabajos — y tal vez cuando el niño llora en un rincón de la casa paterna, presiente la desgracia y anticipa su llegada la tristeza que trabaja su tierna imaginación. Y si el lento minar de los padecimientos simpatiza con el talisman prodigioso y adormecedor de los sonidos ¡qué extraño parecerá que el niño músico llorara estasiado cantando oculto en la soledad, á los 5 años de una vida que había de ser desgraciada! La armonía hablaba entonces á su alma, el arrullo lánguido del canto acariciaba sus meditaciones — era la mano del ángel que posaba sobre su cabeza — y éste era para él el desahogo más placentero. Pero aumentaron con la edad las causas de su melancolía á la par con los productos de su genio, y el infortunio le obligó á entrar en un mundo al que probablemente no le hubieran conducido los honores de la corte: le obligó, porque la desgracia y el ingenio crean la sensibilidad filosófica de las obras — también las lágrimas hermocean el rostro de las doncellas. Había recibido de S. M. la Reina Doña Isabel de Braganza, para quien escribió algunos vales, repetidas muestras de cariño; á la edad de 14 años había sido nombrado gentilhombre de la real casa; recibía agasajos de los cortesanos: y cuando el amor de la gloria comenzaba á atormentar su deseo con el conocimiento de las obras extranjeras, se halló envuelto en la persecución contra los liberales en 1823, y fué despojado con su padre de todos sus honores y empleos — ¡qué delito podía mancillar su corazón de 18 años!

¡Su hermana murió á poco tiempo en sus brazos víctima de una pasión desgraciada! ¡Las inspiraciones que recibía del mundo no podían menos de ser siempre lúgubres..!!

Tres son los estilos que caracterizan las obras de este artista. El primero corresponde á las primicias del ingenio: la sencillez, la dulzura y una melodía triste que revela los síntomas de

la pasión caracterizan estas primeras producciones. — El segundo estilo principia en su primer viaje al extranjero de edad de 19 años. La colección de vales titulada el *Parnaso*, una *Fantasia* sobre un tema de Mayerbeer, la *Fosánica*, *thu Farewell*, la *Graziosa*, *the Halt*, tres juguetes que tituló *Scherzini*, y otras varias piezas que no han visto la luz pública, pero de cuyas bellezas la amistad nos ha proporcionado el disfrutar, pertenecen al género filosófico: — la armonía resalta en ellas más profunda y sentida — ¡llora el músico los recuerdos de su patria, llora la separación de su amado padre, ruega con resignación por la suerte de su hermana!.. Permaneció muchos años en Inglaterra entregado totalmente á los placeres del trabajo, y volvió después al seno de su familia — apenas recibió el deseado abrazo de su padre ¡cuando la muerte se lo arrebató para siempre!! Un nocturno titulado el *Spleen*, la *Ricordanza*, un *Rondino*, *l'Innocente*, y unas variaciones de piano y violín sobre un tema de Bellini, dedicadas al que escribe estas líneas, son las últimas obras pertenecientes á este segundo estilo — todas ellas pintan el estado de su alma tan de continuo atormentada: entre todas ellas, las publicadas en el extranjero y las publicadas en España después de la muerte de su padre, reina una unión vaga é inesplicable: tal vez Masarnau se ignoraba á sí mismo cuando componía á las márgenes del nebuloso Támesis: en su tendencia lúgubre, elegante, apasionada, escribía sin saberlo el presentimiento de lo que había de sufrir vuelto á su patria — El *Spleen* es á nuestro parecer la más profunda de dichas obras: es la creencia prosterada bajo el peso del padecimiento. Cuando sus notas cantan y no se plañen, cuando su melodía se lanza, digámoslo así, alegre y llena de fuego fuera de aquella atmosfera de languidez y armonía, entonces á aquella brillantez, hija para muchos de la necesidad de un claro oscuro, va unido todo el sentimiento del recuerdo pero modificado por la virtud — El tercer estilo de Masarnau es puramente alemán: con esto hemos explicado toda la diferencia: el segundo está más al alcance de la generalidad. En su último viaje á Londres y París varió este artista de estilo: tal vez

contribuyó á ello el trato que tuvo en la capital de la Inglaterra con los compositores alemanes, de cuya amistad conserva recuerdos vivísimos. Estas últimas producciones no han sido todavía publicadas; esperamos que lo serán en breve, con lo que el público podrá juzgar de la esactitud de nuestra opinion con respecto á ellas.

Sobre la brillantez de su estilo en la ejecucion nada dirémos. Masarnau es mas conocido como *tocador* que como *compositor*, y son públicos y frecuentes los hechos que colocan su nombre entre los primeros pianistas de la Europa.

No ha menester de nuestro encomio la elegante y escrupolosa traduccion del gran método de piano de Hummel, cuya segunda y última parte acaba de dar al público. Vemos con placer muy bien recibida esta bellísima obra: fruto como es de una constancia y de una meditacion por tan largo tiempo continuadas, no podia menos de suceder así. Ni podía ser mas noble y glorioso este medio de hacer popular entre nosotros el nombre del grande Hummel.

Como nuestro propósito al escribir esta biografía es el ceñirnos solamente á la carrera artística de este ingenio, sería inútil hacer una relacion de los vastos conocimientos que posee en los ramos científicos y literarios; lo contrario sería usurpar á las ciencias sus derechos; á ellas tocará quizá algun dia tributar á Masarnau un homenaje de estimacion tan justo como el que ahora le tributan las bellas artes. En los Conservatorios de París y de Madrid, en la Sorbona, y en el Observatorio Real de París no es nada extraño su nombre. Este jóven español es igualmente uno de los que mas honor hacen al nombre de D. Antonio Gutierrez, á cuyo íntimo trato debe la conservacion de cuantiosos manuscritos de este hombre eminente. Todos estos estudios, los que constantemente ha hecho sobre las literaturas española, inglesa, francesa, italiana y aun alemana, y su reputacion de artista, le han proporcionado la amistad de grandes talentos, entre los que cuentan con vanidad á Arago, Pouillet, Horace, Smith, Faraday, Cramer, Dragonetti, Schlesinger, Bellini, Rosini, Lord Holland y otros muchos.

Sentimos que la falta de algun poeta que se dedicara á componer *librettos* le haya impedido trabajar para la escena: porque siendo la única compañía de ópera que hasta ahora hemos tenido *italiana*, no formaría muy buena amalgama el canto de la corte de Nápoles con las palabras mal pronunciadas de un libretto compuesto á las orillas del Manzanares ó del Betis. — Y deseáramos que al salir á la luz pública las últimas composiciones de este ingenio no permaneciera oculto entre sus papeles un artículo, titulado *¿por qué no escribe V. una ópera?* — que nos haría muy al caso.

P. DE M.



Muerte

DEL

Conde Garci-Saldaña.

— ¿A donde vais, caballero,
El de la gótica espada,
El del labrado pavés,
El de la cruz encarnada?
— Si amor te calzó la espuela
Y honor te afiló la daga
Teme, teme, aventurero,
Detener al de Saldaña.
— Caballero castellano,
Muy pesada es vuestra marcha,
Ya el castillo se ha rendido
Al régulo de Granada —

Pésame de vos el Conde
 Que yo de acabar contaba
 — Dame señal de la toma,
 Le dijo Garci-Saldaña.
 — Ved, Señor, el pergamino
 Con el sello y con las armas
 Y firma de pasaporte
 Del régulo de Granada. —
 Cruzó las palmas al pecho
 El de la gótica espada,
 Aflojando á su corcél
 La brida de azul y plata.
 Y alzándose la visera
 Descubre la frente pálida,
 Y con los ojos al cielo
 Dice el de la cruz de grana:
 — «Si no arrojo al Sarraceno
 Muerto ó vivo de mi plaza,
 Que muera al pié de sus muros,
 El conde Garci-Saldaña.»
 Marchemos ahora, doncel,
 Antes que la luna salga,
 Para que el sol nos descubra
 Al régulo de Granada. —
 Y saludando el soldado
 Al de la gótica espada,
 Marchó á su lado veloz
 Espoleando la su jaca:
 Mas no camina contento
 Aunque con su dueño marcha,
 Pues marcha al costado izquierdo,
 Ques el costado del arma.
 Ve brillar la cruz de hierro
 En el pomo de la espada,
 Y recela ver la hoja,
 Hecha en Toledo y pesada:
 Cuando vieron las almenas,
 Y el valle hácia donde marchan,
 Donde tiene su castillo
 El Conde Garci-Saldaña.

— Marchad, señor, adelante,
 Díjole el que vá con él,
 Ques justo el conde arrogante
 Mire el morisco turbante
 Primero que su doncél.

Y debeis entrar primero,
 A desafiar la saña
 Dese régulo altanero;
 Despues toca al escudero
 Del conde Garci-Saldaña.

Marchad á mostrar el brillo
 Dese coselete duro,
 Y si os alzan el rastrillo,
 Vos entrareis al castillo,
 Yo quedaré al pié del muro.

Adelantóse el señor
 Y quedó atrás el soldado,
 Que miró á su alrededor....
 Con semblante de traidor
 Sacó el puñal afilado.

Soltó al galope el troton
 El disfrazado Agareno,
 Y afirmado en el arzon,
 Entre la gola y morrion
 Hirió al Conde nazareno.

Cayó con su cruz manchada
 El Conde al pié del castillo
 Y con la gótica espada,
 Mientras llamaba al rastrillo
 Al régulo de Granada.

Los cristianos pelearon
 Contra la hueste con saña....
 Cuando al terraplen bajaron
 Con el cadáver toparon
 Del Conde Garci-Saldaña.

Llegó á poco el musulman,
 Atusando su mechon
 Con fatigoso ademán,
 Y entró con su capitan
 Hasta el gótico salon.

Valladolid. = 1834.

P. DE M.

LITERATURA.

El Corrente de Blanca.

Leyenda. = Siglo XIII.

I.

En uno de los hermosos dias de la primavera en que el sol puro y claro destellaba sobre la tierra sus ardientes rayos, en la hora de las diez de la mañana, salieron del Castillo de Puerto-Alto dos hombres, el uno armado de punta en blanco, y el otro con vestido corto y muy bien prendido. Adornaba al primero una rica armadura de acero bruñido, recargada de afiligranados adornos de oro y plata; llevaba ademas el casco sombreado con blancas plumas, y ceñia su cuerpo un rico cinturon del que pendian la espada y el puñal. Su compañero vestia el traje corto usado en tiempo de paz; el color era pardo claro, pero todo él galoneado de oro y forrado en rico raso blanco; ambos jóvenes, nobles, airo-sos y de la mas esclarecida nobleza española, eran el adorno de la corte de Castilla y el terror de los vecinos moros de Granada. Amigos inseparables desde la niñez, llegaron casi al mismo tiempo al grado de capitanes en los ejércitos, y fueron armados caballeros el mismo dia, por la heroica toma de Jaen, en que se distinguieron siendo donceles del Rey. Calzóles la espuela de oro la hermosa Blanca de Almodovar.

Empero el carácter de ambos jóvenes era enteramente opuesto. D. Alfonso (el armado) era de un genio altivo, orgulloso, de un carácter fuerte, incapaz de ceder una vez declarado su modo de pensar; despótico, iracundo y no permitiendo ninguna clase de competencia, ni aun en la cosa mas trivial.

D. Enrique, de un caracter de todo punto distinto, unia á una suavidad casi femenil en la voz, un corazon de los mas abiertos á las sensaciones de la compasion y de la piedad; su carácter débil cedia con suma facilidad á todos los demas pareceres, y si algunas veces disputa-

ba ó contradecía era como un rayo de sol que despunta en un dia oscuro y nebuloso, y que desaparece al momento.

Estos dos amigos, á pesar de la diversidad de sus genios tan dificiles de unir, habian vivido hasta entonces con la mayor armonía; pero un solo acontecimiento los habia hecho enemigos irreconciliables. Amaban ambos á la misma muger, á la hermosa Blanca de Almodovar; D. Alfonso, con la pasion mas impetuosa, y D. Enrique con el amor sereno, pero fuerte que le ocasionaba la fija creencia de que era su felicidad la que defendia en su pasion.

En disposiciones nada apacibles salian del Castillo de Puerto-Alto; D. Enrique contestaba á las fogosas espresiones de su amigo mesurado, pero con entereza.

--Yo la amo lo mismo que tú, Alfonso, y no cederé á nadie el derecho que heredé de la naturaleza para poder entregar libremente mi corazon á quien se me antoje. Si fuera una cosa indiferente, un simple capricho, ya sabes que te amo demasiado para negarme á darte gusto.

--Pues yo la amo tambien, y quiero absolutamente que sea mia Blanca de Almodovar, y si otro que tú se hubiese atrevido á ser mi rival, toda su sangre derramada no bastaria para lavar este ultraje.

--¡Ultraje! ¿Acaso lo és el amar á una muger que tú encuentras hermosa?

--Si lo es; pero ya sabes que nunca admití competidor en nada, y mucho menos le admitiré en amor. Enrique, conoces mi carácter, sabes que naturalmente soy violento; y este paso que doy, viniendo á buscarte para advertirte que yo amo á Blanca, debe convencerte de que tu persona es la segunda cosa que amo mas en el mundo, y que no deseo que nuestra antigua amistad se altere. Vengo á decirte que renuncies á ella.

--¿Qué renuncie á ella! respondió Enrique separándose dos pasos de Alfonso, y mirándole con atencion, ¿es posible qué te hayas atrevido á hacerme el ultraje de juzgarme tan cobarde, que solo porque tú lo mandas renuncie á mi felicidad? No lo creas; soy facil en ceder, porque mi carácter y mi natural bondadoso lo exigen asi muchas veces; pero aun cuando no estuviera mi corazon apasionado, solo tu tono altivo bastaria para obligarme á sostener mi modo de pensar.

En tanto Alfonso rechinaba los dientes y daba muestras del mayor despecho: detúvose un momento, miró al lado en que se descubrian por cima de los ár-

boles las torres del Alcázar de Blanca, y volviéndose de repente á su rival:

-- Enrique, le dijo cojiéndole la mano y apretándosela con violencia -- Dios te libre de que te encuentre en los Pinares de Blanca! -- Adios.

Bajó dos ó tres revueltas de la sierra y se perdió pronto de vista en medio de las sinuosidades de Puerto-Alto.

Pensativo por demás quedó Enrique despues de las últimas palabras que pronunciara Alfonso; amábale por costumbre, y sentia en extremo que una pasion les hubiese desunido hasta tal punto. Al mismo tiempo veia con dolor y cólera el tono áspero y duro con que Alfonso se habia atrevido á mandarle que abandonase su pasion á la única muger que amó en el mundo, primer amor tan fuerte en la juventud y tan ardiente aun en la pacífica cabeza del jóven de Puerto-Alto, que llegó á trastornarle tanto que le sacó de su ser y mudó tambien su carácter. Resuelto á despreciar las atrevidas amenazas de Alfonso se encaminó silencioso, pensativo y cabizbajo á su castillo.

II.

En medio de unas altas montañas, distante una legua de Puerto-Alto y en el pais de las ardientes pasiones, se elevaba una torre de forma cuadrada de la mas remota antigüedad. Esta torre solitaria, colocada en la parte mas alta del monte y en medio de un oscurísimo pinar nacido entre enormes peñascos y profundos precipicios, servia de asilo á la inocencia.

Blanca de Almodovar, hija del capitan Rogerio, vivia en una torre desde su mas tierna infancia: inocente y pura cual la flor del campo habia pasado sus primeros años ignorando hasta la existencia de los demás hombres; y si el Rey no hubiese mandado á su padre presentarse en la corte, acaso siempre lo hubiera ignorado. Aquel conjunto de lujo y de movimiento, que vió por la vez primera, la deslumbró y hasta la asustó, pero su corazon volvió á su albergue con la misma paz que antes tenia, y visitó su antigua morada con alegría despues de una ausencia de un mes.

Acostumbraba á perderse en aquellos espesos bosques con el arco en la espalda, corria y atravesaba los hondos precipicios con la ligereza del gamo perseguido por los cazadores. Nunca habia oido la voz de los hombres en aquellos desiertos lugares, y solo sí los ahullidos de los osos y de los lobos, el ruido desapacible

del bullicioso torrente, los bramidos del huracan, y la naturaleza segun el Hacedor la crio; por eso su carácter y sus modales se resentian demasiado del selvático aspecto de los sitios que habitaba.

Blanca, en medio de las sierras, era feliz y hacia la desdicha de los dos jóvenes mas brillantes y espléndidos de la corte; en vano la naturaleza la habia dotado de una hermosura sin igual, en vano algunas veces su corazon palpitaba con un sentimiento desconocido bajo la blanca túnica de lana que la cubria. Hija de los bosques, su corazon se repartia entre tres seres, su Dios, su padre y Gazul, perro mastin de enormes dimensiones y cuya lealtad no le permitia separarse un punto de ella.

Era aquella muger para su padre lo único que podia hacerle llevar con resignacion la vida triste y monótona que pasaba en su torre solitaria, desde el momento en que perdió á su desgraciada esposa, comida de lobos en una caceria, segun aseguraban los hombres de armas y criados que la acompañaron aquel dia fatal. Desde entonces, olvidó Rogerio la corte, su alegría le abandonó, y hasta sus perros y su caballo fueron desechados con desprecio cuando se los presentaban para animarle á su diversion favorita. La tristeza mas profunda se habia apoderado de él; permanecia horas enteras sentado en su silla al lado de su anchísima chimenea con las manos cruzadas sobre las piernas, y entonces nadie osaba interrumpirlo en sus meditaciones, pues su cólera era tan terrible como las furias del torrente engrosado por una copiosa lluvia; solo su Blanca, la hija de su corazon, era la que hacia desaparecer las arrugas de su frente, y asomarse á sus labios una melancólica sonrisa.

Una tarde en que Blanca habia salido, como otras muchas, á su paseo por los intrincados senderos del monte, la vieron volver corriendo y con muestras del mayor asombro. Traia el cabello tendido, el rostro cubierto del carmin mas vivo, y el arco en la mano. Aquella venida tan precipitada y con apariencias tan siniestras, puso á los criados en el mayor desorden y sacó al anciano de su natural apatia; preguntola éste cual era la causa que motivaba aquella huida, pero tan conmovida estaba la niña que solo pudo responder á la multitud de preguntas que la dirigia Rogerio estas palabras. -- Al monte..... al monte..... un hombre..... Gazul!

Su padre tomó al momento sus armas, y seguido de dos hombres y guiado por Gazul salió de la torre diri-

giéndose hacia la parte baja del monte, á donde les conducía el perro saltando delante de él y dando de cuando en cuando tristes ahullidos. Llegados que fueron al lado de un torrente que aun hoy día se despeña desde lo alto del cerro, el guía Gazul desapareció de repente. Llámole Rogerio varias veces, pero el ruido de la inmensa catarata dominaba demasiado su voz para dejarse oír: desesperado ya despues de un cuarto de hora de inquietud, iba por sí mismo á hacer indagaciones y á separarse del lugar en que se hallaban, cuando el fiel mastin se apareció otra vez, rabo entre piernas y el hocico teñido de sangre. Mándole su amo andar, y el perro obediente les dirigió á un espeso matorral; al llegar á él dió un ahullido triste y doloroso. --Rogerio y los dos criados avanzaron en el espeso bosquecillo y vieron á un hombre vestido con suma elegancia, tendido en el suelo y atravesado el hombro izquierdo con una flecha. La mucha sangre que le rodeaba y el color pálido de su rostro, daban indicios de que la muerte había arrebatado á este jóven que revelaba por sus vestidos ser de ilustre nacimiento. Helados de pavor, Rogerio y sus dos compañeros permanecieron un momento sin atreverse á acercarse al infeliz, que tal vez en aquel momento exalaba el último suspiro.

--Por S. Juan, Señor, dijo uno de los criados acercándose al tendido, que este hombre da señales de vida, y sería muy cruel abandonarle en este estado, mucho más cuando según las señas de la flecha le hirió doña Blanca.

--¡Cruel sería! respondió Rogerio dando un suspiro, ¿mas sabes tú si lo merece ó no?

Nada contestó el criado á esta pregunta de su amo; pero el otro que hasta entonces no desplegara sus labios:

--En salvarle la vida si es posible nada se pierde, dijo, por que si faltó ó atropelló en lo mas mínimo el honor de Doña Blanca, no nos falta en la torre una buena cuerda de cáñamo con que castigarle. Tal vez puede ser tambien....

--No prosigas, interrumpió el amo; cargad con el y traedlo á la torre.

Rogerio, despues de estas palabras, tomó con paso precipitado el camino que mas pronto conducía á su castillo. Apenas entró cuando se dirigió al cuarto de su hija.

--Blanca, la dijo, he encontrado á el hombre que tu decias ¿Qué te ha hecho?

--¿Le habeis matado? preguntó con ojos centelleantes de duda y de temor.

--Ya estaba casi muerto.

--¿Y donde está?

--Pronto llegará á la torre.

--¿Por qué lo habeis salvado? Es un hombre, padre mio, que.....

--¿Qué? sepamos.

--Que se atrevió á sorprenderme en el lado del torrente; eché á huir, y me siguió; le hice señal con mi arco para que se detuviera, despreció mi seña, despreció mi amenaza, y le disparé una flecha que sin duda le hirió.

--¿Y es eso todo?

--Todo.

--¡Dios mio! siempre violencias en estas pacíficas montañas! ¿Y tú, hija mia, solo porque un hombre te quiere hablar, ó tal vez implorar tu socorro por haberse extraviado en estas negras espesuras, te atreves á dar fin á sus dias!... ¡Desgraciada Elvira! si vivieras, enseñarias sin duda á tu hija á tener tu dulzura, tu amable sonrisa y dejaria de ser, á tu lado, tan feroz como las breñas en que se ha criado.

--Padre mio....

--Basta, interrumpió su padre con imponente gesto, es preciso curar á ese extranjero, es preciso salvarle. ¿Has oido?....

III.

Tres meses hacia que D. Enrique estaba en la torre solitaria de Rogerio. Sano yá de su peligrosa herida; gracias al cuidado de la hermosa Blanca habia salido de las puertas del sepulcro como milagrosamente. La pasión que profesaba á aquella mujer se habia aumentado hasta un punto extraordinario, y el peligro en que se vió su vida por ella habia dulcificado infinito el carácter de Blanca. El espacio de tres meses pasados casi continuamente á su cabecera, y el remordimiento que sentia en su interior por ser la causa de los padecimientos de D. Enrique, habianla inspirado hacia este jóven sentimientos desconocidos hasta entónces en su alma; y solo faltaba para que el doncel bendijese su herida, que una circunstancia cualquiera obligase á la inocente Blanca á decirle que le amaba. Esta circunstancia se presentó: anunció D. Enrique que se marchaba del castillo. Recibió el Castellano esta noticia con su apatía ordinaria, pero Blanca lloró al separarse

de él, y le obligó á que la prometiera que no tardaría en volver.

Vuelto á su castillo de Puerto-Alto, lleno con su larga ausencia de desórden y confusion, satisfizo á todas las preguntas que le hicieron sus parientes, si bien procurando no comprometer el secreto de su corazón. Mas no le fué igualmente fácil libertarse de su antagonista D. Alfonso, quien separándole de los demas importunos:

--Enrique le dijo, yo se donde has estado.

--¡Tú! No puede ser.

--Lo sé pero quiero que lo digas.

--Si lo sabes, sea en buen hora; pero yo no tengo necesidad de dar cuenta de mi conducta á nadie.

--Ese mismo empeño que pones en ocultarlo, tan ageno de tu carácter, me lo haria sospechar si no lo supiera.

--Sospecha cuanto te diere la gana; pero la verdad es que estuve en una gran caceria, que me rompí una pierna que he estado curándome....

--¡Muy pronto la curaste por Dios!

--Tres meses me costó de cama.

--Nunca mentiste Enrique ¿por qué lo haces ahora? Te probaré que las dos cosas que has dicho son enteramente falsas. A una gran cacería nunca va un señor castellano como tú, sin gran acompañamiento de criados y palafreneros, y tú fuiste solo, enteramente solo, y siendo falsa la caceria, no me queda duda de que lo de la pierna lo sea tambien.

--Bien; creerás todo lo que quieras, nada puedo añadir si no me crees. Adios.

--Nunca pensé que un noble, y mucho menos un caballero, se envileciera hasta el extremo de mentir, dijo D. Alfonso deteniéndole por el brazo. Sé donde has estado, lo sé; has estado en la torre de Rogerio de Almodovar.

--¿Y qué te importa mi conducta? ¿estoy acaso obligado á darte parte de mis acciones?-- Me parece que nuestra amistad.....

--Se acabó, dijo D. Alfonso frunciendo las cejas, te has hecho indigno de ella. Has mentido.

--¡Mentir!

--Escucha, todavía no he concluido y no debes olvidar que yo amo á Blanca, y que.....

--Yo la amo tambien, interrumpio Enrique.

--Entonces, caballero, uno de los dos tiene que dejar de existir, ¿Entiendes? Y á pesar de que un hom-

bre que miente es indigno de medir su acero con el mio.... ya me entiendes.

--Si te entiendo; pero yo no mediré mi acero con el tuyo.

--¿Serás tambien cobarde?

--Insulto es ese que si otro que tú le digera le costaria la vida, pero tu sabes que no he dado en las muchas ocasiones que se han presentado, ningun motivo de duda sobre este asunto. Escucha, D. Alfonso, voy á hablarte con toda la ingenuidad de mi corazón. Si quisiera engañarte te diria que ya estaba olvidado de la hermosa Blanca; pero con mi franqueza natural te diré que la amo con delirio y que una mansion de tres meses en su alcázar.....

--¡Tres meses!.....

--No me interrumpas-- Una herida peligrosa me obligó á entrar en su torre y hoy he salido de ella: si antes la amaba, ahora la adoro, y de ningun modo consentiré en desistir de mi empeño. Pero no son las armas las que han de decidir esta cuestion; criado contigo como hermano desde mi mas tierna infancia, te profeso el cariño de tal, y me seria triste, doloroso y hasta imposible el derramar tu sangre. Voy á proponerte un medio mas seguro y que no pueda desunirnos para siempre; tu verás si debes aceptar.

--Di, veamos, dijo D. Alfonso en voz balbuciente de furor.

--Tú y yó amamos á Blanca; pues bien....., iremos juntos á la torre de Rogerio, pediremosla á su padre, y que la misma hija de Almodovar decida de nuestra suerte. ¿Te conviene? Si te elige á tí, te prometo dejarte en paz ser feliz y no poner ningun ostáculo á tu dicha. ¿Prometes lo mismo?

--Si; mañana marcharemos. Adios.

IV.

Al día siguiente á las siete de la mañana encaminabanse á la torre de Almodovar los dos amigos, seguidos de criados y escuderos. Al llegar á la fortaleza, fueron recibidos mas bien como gente que viene á incomodar que no como huéspedes acogidos con gusto.

Despues de los primeros cumplimientos de estilo, el jóven Enrique suplicó á Rogerio que tuviese á bien escucharles á él y á su amigo un corto instante en secreto.

Accedió á ello el castellano y les llevó á la habitacion en que solia pasar las horas solitarias de su vida. Tomó la palabra D. Enrique por él y por su amigo y le

dijo: ¿conoceis sin duda nuestra clase y nuestro nacimiento?

-- Si, contestó, vuestro padre fué mi hermano de armas. Al padre de D. Alfonso también le conocí; sé que sois nobles y ricos.

-- En este supuesto, no tengo necesidad de decíroslo, mas os quiero decir el motivo de nuestro viaje. -- Criados desde la infancia bajo un mismo techo, nos hemos amado siempre cual si fuéramos hermanos, y tal vez nos amáramos todavía sin la fatal circunstancia de que los dos adoramos con la pasión mas viva á la hermosa Blanca. Otros en nuestro lugar hubieran ya deramado su sangre para quedar sin rival; pero nosotros hemos resuelto pedir su mano y que Blanca elija entre los dos el esposo que mas sea de su gusto. Hemos jurado también respetar su elección.

-- Yo creo, respondió el padre, que con no dársela á ninguno estaríais mas en paz.

-- Os engañais, replicó D. Alfonso; el único medio de salvarnos y de poneros al abrigo de nuestras tentativas será el que accedais á la súplica de mi amigo.

-- ¿Os atreveríais acaso?....

-- Todo puede suceder, respondió D. Alfonso.

-- Mancebo, sois por demas atrevido. Sin embargo, voy á ceder á vuestras súplicas: venid conmigo. Mas no, escuchad primero; yo amo á Blanca, como á la única persona que despues de su madre supo inspirarme cariño; quiero que sea feliz, y quiero sobre todo no separarme de ella. Lo único que me une á la vida es ella: si faltase.....

-- Si consiente en elegir uno de los dos, vivireis en el castillo del dichoso, respondió D. Enrique.

-- Ninguna objecion tengo ya que poner; esperadme aquí; yo hablaré á Blanca y diré sobre quien recae su elección.

Salió entonces Rogerio y varias veces procuró don Enrique dirigir la palabra á su amigo; pero no recibió ninguna respuesta y sí muy adustas miradas.

Poco despues entró Blanca acompañada de su padre -- Señores, dijo, Blanca eligió ya; á ambos os aprecia y agradece el afecto que la profesais, pero su corazón se decide por D. Enrique de Castilla.

-- ¡Ah! ¡Dios mio! dijo Alfonso exhalando un ronco suspiro, y poniéndose pálido como la muerte, mientras D. Enrique acercándose á Blanca le daba las gracias y la juraba un eterno amor. Mas reprimiendo de repente su abatimiento el impetuoso Alfonso se precipitó hacia Blanca, y separándola bruscamente de su rival --

¡Blanca! la dijo con ojos centelleantes de cólera y con voz balbuciente. ¿Es cierto que amais á D. Enrique?

-- ¡Pues no ha de serlo! respondió con candor; si no le hubiera conocido tal vez os prefiriera, pero....

-- ¡Si no lo hubiera conocido!..... Falso engañador, yo.... -- No dijo mas, reprimióse al punto y solo dejó ver en su rostro el despecho y el dolor.

V.

Quince dias despues de esta escena, salian de la capilla de la torre los dos felices esposos, seguidos de Don Alfonso, de Rogerio y de muchos nobles y principales caballeros. Celebraron las bodas con suntuosa y abundante comida en que el Castellano de Almodovar salió de su estado natural, brindando muchas veces y procurando alegrar la compañía con mil graciosos decires y continuas libaciones.

Concluida la comida, todos hicieron sus preparativos para una gran cacería, con que quiso obsequiarles el señor del castillo.

Estaba el cielo oscuro; una niebla bastante espesa principiaba á esparcirse por cima de los montes y á caer sobre la tierra, y todo por fin presagiaba que la caza no podría ser muy agradable á causa del frio y de la humedad.

Con todo, calientes las cabezas por los vapores del vino, salieron á perseguir las fieras de los espesos pinares de la dependencia de Almodovar.

Los últimos que se disponian á salir eran los nuevos esposos; Rogerio los detuvo: -- Hijos míos, les dijo, no os separeis de los cazadores ni un momento; el cielo está oscuro -- la niebla es espesa -- ¡podría sucederos alguna desgracia!

Algunos gritos de impaciencia se dejaron oír en la plataforma de la torre, entre los cuales resonaba la voz de D. Alfonso. Salieron inmediatamente y principió la caza con el ardor y el bullicio que siempre acompañan á esta estrepitosa diversion. Despues de varias horas de carrera detuvo por fin el paso D. Enrique, y olvidando los consejos de su padre, se apartó con Blanca poco á poco de la bulliciosa comitiva y dirigiéndose hacia el matorral en que fué herido por la flecha de Blanca. Su hermosa compañera estaba pálida y débil y no quería entrar en él por el fatal recuerdo que hacía de este sitio, y le suplicó que se dirijiesen al torrente. ¡Complacióla al instante su amado, y entretenidos en dulces

pláticas llegaron al borde de la espumosa catarata que en aquel lugar se despeña de mas de veinte pies de altura.

-- Enrique, si quisieras darme gusto nos reuniríamos á los cazadores. ¡Nuestro padre nos lo recomendó con tanto empeño!

-- ¿Que puedes temer á mi lado?

-- Nada. Pero..... que sé yo..... Tiemblo sin saber por qué. Estas aguas..... este cielo oscuro..... esta niebla, me presagian.....

-- No te asustes; nada temas, yo estoy aquí

-- Mi padre me dijo que no me separara de su lado. Ademas Enrique, dijo asiéndole del brazo, tu amigo Don Alfonso.....

-- ¿Qué? ¿te ha dicho algo?

-- No: ¡pero tiene un ademan siniestro!..... le he visto no separarse de nosotros ni un instante y ¿quién sabe?..... mira, no quisiera ofenderte, pero le tengo miedo.

-- Aleja de tí esa idea, Blanca; D. Alfonso es caballero, es mi amigo, es mi hermano, y si te amó, ya sin duda lo ha olvidado.

-- Volvamos, esposo mio, volvamos á la torre; la niebla se espesa cada vez mas, la noche cae, y ya principia á llover. Dame ese gusto.

-- No tiembles, Blanca mia; apoyate en mí que yo te sostendré; disipa esos vanos temores y nada temas mientras yo esté á tu lado.

En aquel momento se apareció D. Alfonso.

-- Buscandoos venia; nos habeis aflijido con vuestra ausencia. Tiempo tendreis para estar juntos, añadió con una sonrisa sardónica.

Blanca se estremeció.

Estaban entonces vueltos de cara hácia el torrente: D. Alfonso se acercó á su amigo.

-- Hoy es día de S. Lorenzo. -- En este día naciste, Enrique ¿Te acuerdas?

-- Muchas veces me lo han dicho.

-- Si, hoy es el día de tu cumple años; y en estos últimos, cuantas veces has agriado tú mi existencia con traiciones y mentiras, y sobre todo con haberme arrebatado lo único que amaba en este mundo, lo único que pudiera hacerme feliz. -- ¡Desgraciado! tu has emponzoñado mi existencia.

Mientras decia estas palabras, desenvainaba con la mano derecha el puñal que pendia de su cintura.

-- Tú has sido para mí un genio de maldicion; tú has sido mi mayor enemigo; -- una vívora que yo abrigaba

en mi seno, y que solo esperaba el momento favorable para morderme, envenenarme y acabar conmigo. ¡Desgraciado!

D. Alfonso, fuera de sí, blandia el puñal sobre la cabeza de Enrique. -- Esta niebla, continuó, esta oscuridad deben presajiar tu muerte, -- es preciso que mueras para que pueda yo ser feliz.

En el momento en que ciego de rabia, los ojos desecados y arrojando espuma por la boca, iba á descargar el golpe fatal, una flecha le hirió en el costado derecho. Volvió de repente la cabeza, y sintiéndose desfallecer y escurrírsele los pies hácia el torrente. -- ¡Maldicion de Dios! gritó, ¡morirás conmigo! ¡no gozarás de ella! -- Y al dejarse caer, se agarró furioso á Enrique, que sobre un terreno en declive y húmedo por la niebla no pudo sostenerse. Blanca apoyada en su brazo y casi desmayada á vista de la horrible escena que acababa de presenciar, se dejó arrastrar con él. -- Los tres cayeron, y las aguas se los llevaron en su seno....

Este fué el lecho nupcial de Blanca de Almodovar y de D. Enrique de Castilla.

Rogelio fué el que disparó la flecha.

VI.

Todavía refieren este suceso los habitantes de las miserables cabañas que existen en aquel monte. Aseguran que en el día de S. Lorenzo, en los primeros minutos de todas las horas del día, se vé en medio de las aguas la sombra de una muger, vestida de blanco y tendida la negra cabellera. Pero en las horas de la noche, no solo es mas visible esta sombra, sino que se oyen gritos y lastimeros ayes como de gente que se ahoga y pide socorro. Estos rumores, apoyados por una antigua tradicion, hacen que los habitantes miren con el mayor respeto este sitio, y que no se acerquen á él sin hacer primero la señal de la cruz y encomendarse muy de veras al santo de su devocion. El despeñadero de que hemos hablado, es conocido vulgarmente con el nombre de *torrente de Blanca*, y de esta antigua leyenda trae su origen.

Enero. = 1835.

J. AUGUSTO DE OCHOA.



BELLAS ARTES.*Galería*

DE

Ingenios contemporáneos.**DON ESTEBAN DE AGREDA.**

Nació este acreditado profesor de escultura en la ciudad de Logroño, en 26 de diciembre del año 1759. Siendo todavía muy niño, le dedicó su padre, que era también escultor, si bien su principal ocupación se reducía á hacer retablos, al estudio del dibujo y al arte difícil de modelar, en todo lo cual dió muestras de extraordinarios talento y aplicación, ejecutando con notable acierto varias piezas de las que empleaba su padre en sus obras; pero no siendo su ciudad patria lugar muy á propósito para que pudiera el joven Agreda perfeccionarse en su difícil arte, envióle su padre á sus expensas, en 1775, á Madrid, bajo la dirección de D. Roberto Michel, primer escultor de S. M. á la sazón. Cuantos y cuán rápidos progresos hizo el joven artista en el estudio de su maestro, claramente se vió en el concurso de premios generales del año de 1778, (tres después de su llegada á la capital) en que obtuvo el primero de 3.^a clase.

Poco tiempo después, le llamó su padre á la villa de Haro donde había fijado su residencia, con el fin de ocuparle en varias obras de escultura para aquel país, donde adquirió con la práctica suma facilidad en la ejecución, lo que unido á su natural talento y á los buenos principios que adquirió en el estudio del señor Michel, bastó para que ya desde aquella época revelara el señor Agreda á los ojos de todos los inteligentes el alto mé-

rito á que debían elevarle algún día el estudio y la constancia. Trabajado no obstante el ánimo de nuestro escultor por el insaciable anhelo de perfección, verdadera sed hidrópica de todos los artistas que lo son por vocación irresistible y aun pudieramos decir, preexistente, viendo que no le sería dado seguir la senda de progreso continuo, única capaz de satisfacer su noble ambición, sino volvía á proseguir sus estudios en la real Academia de San Fernando, obtuvo de su padre le permitiese volver á la corte.

Dos años después de esta época fué empleado, merced á su constante aplicación, en el real laboratorio de piedras duras del Buen-Retiro, con el fin de que ejecutara algunos bajo-relieves de piedras finas. Hizo allí varios camafeos, en particular los retratos de SS. MM. el señor Rey D. Carlos IV y su augusta esposa; mas cansado de aquella prolija y minuciosa ocupación, solicitó dejar el destino, en ocasión en que el intendente del ya destruido establecimiento de la China, que lo era por entonces D. Domingo Bonicheli, le ofreció nombrarle director de la galería de escultura, como en efecto lo verificó en el año de 1797. En todo el tiempo transcurrido hasta esta época, jamás abandonó el señor Agreda sus asiduos estudios en la Academia, donde además de los premios mensuales que con mucha frecuencia ganaba, obtuvo en el concurso de 1790 el 2.^o de primera clase. En 1797, fué elegido Académico de mérito por unanimidad.

Con el nuevo destino que acababa de recibir, subió de punto su aplicación, escitada en gran manera por la feliz circunstancia de hallarse á la sazón en la galería de escultura las mejores estatuas del antiguo, con lo que tuvo ocasión de hacer de todas ellas y en particular de las principales un estudio severo y profundo. Ejecutó gran número de bellas figuras para calcar en porcelana; hizo un modelo de cinco pies de altura para la estatua ecuestre del Rey D. Felipe V., de cuyo modelo aun se conserva, el caballo; y últimamente emprendió un Parnaso español que tenía ya casi terminado cuando estalló la guerra de la independencia, con cuyo motivo perdió casi todo lo que tenía trabajado y reunido, á escepción de algunas figuras,

que mal vendieron despues personas de tan poca inteligencia cuanto sobrada codicia.

Restituido á Madrid despues de aquella gloriosa guerra, empleose el señor Agreda en varias obras para dentro y fuera de la Côte, entre las cuales merecen particular mencion los dos mancebos que sostienen las lámparas en la capilla del Real Palacio de esta corte, dos estátuas de S. Vicente de Paul, dos beatos para los capuchinos de San Antonio, un S. Francisco para los de la Paciencia y la beata Juana de Aza para Santo Tomas; todas estas obras se hallan en la capital. Para la ciudad de Burgos un S. Agustin y un S. Nicolás Tolentino, para el Real sitio de Aranjuez la fuente del Narciso, figuras medio colosales, la de la Ceres, y dos grupos de niños para la del Apolo, y otras infinitas obras para distintos puntos de la Península.

En su larga carrera, el Rey D. Carlos IV. le honró con el nombramiento de su escultor de Cámara honorario, y el Sr. D. Fernando VII. con varias comisiones artísticas. La real Academia de S. Fernando le nombró teniente director en 1804, director en 1814, y últimamente director general en los años de 1821 y 1831. E. DE O.

Advertencia.

Siendo el presente número el penúltimo de los que publicará el *Artista* en la semana que le queda de vida, ha creído hacer un obsequio al público dando á luz en él dos retratos de artistas contemporáneos, ambos con justa razon muy apreciados de sus compatriotas; en el próximo y último número procurará dar otros dos, y si le es posible mas, de artistas igualmente contemporáneos.

Y con este motivo, no puede menos el *Artista* de disculparse en cierto modo, con algunos de los acreditados profesores que honran nuestra época, y á quienes sin embargo no ha podido ofrecer el justo tributo

de aprecio que á otros ha dado, publicando sus retratos y biografías. El cielo sabe que en manera alguna ha sido por falta de buena voluntad; y si consideraciones, que acaso á guisa de salutación y despedida espondremos en el próximo número á nuestros lectores, no nos precisaran á suspender tan pronto nuestra tarea periodística, seguramente hubiéramos llenado esta falta que, en rigurosa justicia, no lo es nuestra, sino del tiempo, que no en todo ha respondido á nuestras esperanzas. Sabido es ademas que seria sobrado rigor juzgarnos negativamente ó, como si dijéramos, por el bien que hemos dejado de hacer. Lo que el *Artista* ha hecho á otros les toca decirlo; pero lamentar lo que ha dejado de hacer, es cosa que á nosotros nos corresponde, y es cierto que tan bien como el que mas lo sabemos en el fondo de nuestras conciencias.

Con este motivo, tenemos el honor de advertir á los Sres. Suscriptores de las provincias que hayan adelantado el importe de suscripciones por términos posteriores al último número del presente mes de marzo, que pueden pasar á las librerías á recoger el escedente de la suma que hubieran adelantado; y para que en este cobro no pueda haber la menor demora, servirá de aviso al efecto este artículo á los señores encargados de recibir en las provincias las suscripciones al *Artista*.

EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

ERRATA DEL NUMERO ANTERIOR.

Página 132, línea 29 dice, Perez (D. Antonio), debe decir, Perez (D. Ambrosio.)

ESTAMPAS.

D. Santiago Masarnau. — D. Esteban de Agreda.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



R. L. de Madrid.

D. CUSTODIO TEODORO MORENO.

que mal vendieron despues personas de tan poca inteligencia cuanto sobrada codicia.

Restituido á Madrid despues de aquella gloriosa guerra, empleose el señor Agreda en varias obras para dentro y fuera de la Côte, entre las cuales merecen particular mencion los dos mancebos que sostienen las lámparas en la capilla del Real Palacio de esta corte, dos estátuas de S. Vicente de Paul, dos beatos para los capuchinos de San Antonio, un S. Francisco para los de la Paciencia y la beata Juana de Aza para Santo Tomas; todas estas obras se hallan en la capital. Para la ciudad de Burgos un S. Agustin y un S. Nicolás Tolentino, para el Real sitio de Aranjuez la fuente del Narciso, figuras medio colosales, la de la Ceres, y dos grupos de niños para la del Apolo, y otras infinitas obras para distintos puntos de la Península.

En su larga carrera, el Rey D. Carlos IV. le honró con el nombramiento de su escultor de Cámara honorario, y el Sr. D. Fernando VII. con varias comisiones artísticas. La real Academia de S. Fernando le nombró teniente director en 1804, director en 1814, y últimamente director general en los años de 1821 y 1831. E. DE O.

Advertencia.

Siendo el presente número el penúltimo de los que publicará el *Artista* en la semana que le queda de vida, ha creído hacer un obsequio al público dando á luz en él dos retratos de artistas contemporáneos, ambos con justa razon muy apreciados de sus compatriotas; en el próximo y último número procurará dar otros dos, y si le es posible mas, de artistas igualmente contemporáneos.

Y con este motivo, no puede menos el *Artista* de disculparse en cierto modo, con algunos de los acreditados profesores que honran nuestra época, y á quienes sin embargo no ha podido ofrecer el justo tributo

de aprecio que á otros ha dado, publicando sus retratos y biografías. El cielo sabe que en manera alguna ha sido por falta de buena voluntad; y si consideraciones, que acaso á guisa de salutación y despedida espondremos en el próximo número á nuestros lectores, no nos precisaran á suspender tan pronto nuestra tarea periodística, seguramente hubiéramos llenado esta falta que, en rigurosa justicia, no lo es nuestra, sino del tiempo, que no en todo ha respondido á nuestras esperanzas. Sabido es ademas que seria sobrado rigor juzgarnos negativamente ó, como si dijéramos, por el bien que hemos dejado de hacer. Lo que el *Artista* ha hecho á otros les toca decirlo; pero lamentar lo que ha dejado de hacer, es cosa que á nosotros nos corresponde, y es cierto que tan bien como el que mas lo sabemos en el fondo de nuestras conciencias.

Con este motivo, tenemos el honor de advertir á los Sres. Suscriptores de las provincias que hayan adelantado el importe de suscripciones por términos posteriores al último número del presente mes de marzo, que pueden pasar á las librerías á recoger el escedente de la suma que hubieran adelantado; y para que en este cobro no pueda haber la menor demora, servirá de aviso al efecto este artículo á los señores encargados de recibir en las provincias las suscripciones al *Artista*.

EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

ERRATA DEL NUMERO ANTERIOR.

Página 132, línea 29 dice, Perez (D. Antonio), debe decir, Perez (D. Ambrosio.)

ESTAMPAS.

D. Santiago Masarnau. — D. Esteban de Agreda.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



R. Llorente de Madrid.

D. CUSTODIO TEODORO MORENO.



EL ARTISTA.



D. Ramon Carnicer

D. RAMON CARNICER.



EL ARTISTA.



Pl. de Madrid

D. RAMON CARNICER.



EL ARTISTA.



R.^l Lit de Madrid.

D. JUAN MIGUEL DE INCLAN.



EL ARTISTA.



R.^l Lit de Madrid.

D. JUAN MIGUEL DE INCLAN.

